

PAGINA INFANTIL

LECTURAS PARA LOS NIÑOS

UEENTOS FANTÁSTICOS

LOS SEIS MIRLOS BLANCOS

La horrible bruja Lechuzota tenía una hija tan mala como ella, ambiciosa y cruel, pero lindísima: se llamaba Atilia.

(Hija de bruja tenía que ser para ser bella, siendo mala.)

Con el mayor desdoro del mundo, Atilia le había dicho a su madre que ella no se casaría como no fuera con un rey. ¡Nada menos que con un rey!

Una noche de tormenta, en que la lluvia caía, el trueno retumbaba, los relámpagos fulguraban y el viento mugía, llamaron a la puerta de la cabana de la bruja. Era un señor lujosamente vestido, pero chorreando agua, pues iba sin paraguas, y ni siquiera llevaba una mala gabardina sobre su traje de raso gris.

—Voy de caza—explicó,—y me he perdido en el campo; te suplico, abuela, que me des albergue mientras dura la tormenta; estoy muerto de hambre y de frío, y el bosque está lleno de lobos famélicos.

—¿Quién eres?—preguntó Lechuzota.

—¡Soy el rey!

La vieja se restregó con satisfacción sus manos huesudas, ganchedas y velludas.

—Puesto que eres el rey—declaró,—te daré hospitalidad esta noche, con una condición: has de casarte con mi hija Atilia.

A nadie, y menos a un rey, le hace gracia casarse con una dama a quien ni siquiera conoce; pero la tormenta arreciaba, y los aullidos de los lobos se oían ya cercanos; el pobre monarca apenas vaciló en dar su palabra de casamiento, y se apresuró a entrar en la cabana.

Y entonces vió, al amor de la lumbre, a una joven tan divinamente hermosa, con sus cabellos de azabache y sus ojos azules, que parecían de acero, que, aun sin haber prometido nada, es probable que se hubiera enamorado en el acto.

Al día siguiente, el rey se llevó a Atilia a palacio, y la boda se celebró en seguida con gran pompa; pero el infeliz no tardó en comprender que, más que reina o mujer, aquello era un demonio con falda.

Habéis de saber que el soberano era viudo y tenía siete hijos, seis muchachos y una niña, todos buenos y bellos.

—Pues bien: tal odio les cobró la madrastra, que se pasaba los días ideando maldades para molestarlos y hacerles sufrir. A tal punto llegó, que el rey, asustado, consultó con una hada amiga de la familia real, y ésta le dijo:

—Como tus hijos permanezcan en palacio, tu mujer acabará por matarlos; voy a esconderlos en sitio seguro.

Con su varita mágica hizo surgir en medio de un bosque un pabellón tan bien oculto en un verdadero laberinto de senderos y árboles, que no había quien supiera llegar hasta allí; en él encerró a los siete hermanos, y para que el rey pudiese ir a visitar a sus hijos, le entregó un ovillo de hilo mágico, que había de guiarle entre el laberinto fantástico. Pero, ¡ay!, la reina, exasperada

al ver escapárselo su presa, indagó tan hábilmente, que descubrió todo el secreto; un día se apoderó del ovillo mágico, se disfrazó de aldeana, y, en esta forma, se presentó en el pabellón, llevando a los jóvenes siete camisetas de seda azul.

—Hé aquí—dijo—un regalo que os envía el rey, vuestro padre.

Los seis hermanos se pusieron las lindas prendas; en el acto quedaron convertidos en seis mirlos blancos, que volaron por la ventana, lanzando un «¡pío! ¡pío!» desgarrador.

La princesita Dulcinea—¿he dicho que se llamaba así?—se apresuró a arrojar a la lumbre la embrujada camisa que le estaba destinada, y cuando, al día siguiente, el rey fué a visitar a sus hijos, se encontró a Dulcinea sola y llorando.

—¿Dónde están tus hermanos?—preguntó, aterrado.

—Han volado—contestó la princesa.

—¿Volado?—repitió el rey, abriendo los ojos con asombro.

Dulcinea le contó lo sucedido, y el pobre padre, llorando y suspirando, llamó de nuevo a su amiga la hada.

La dama trazó en el suelo un círculo con su varita de marfil; luego cogió una rosa azul, que llevaba al tallo, y la deshojó en el círculo. Soplo, y los pétalos se esparcieron, formando signos misteriosos. Entonces el hada declaró:

—Para devolver a tus hijos su forma humana, es necesario que vistan camisetas tejidas por su propia hermana con un hilo especial, tan fino, que tardará seis años en terminar esta labor; es indispensable que durante todo este tiempo, Dulcinea no pronuncie una sola palabra.

La princesita aceptó con alegría, encantada de sacrificarse por sus hermanos; el hada le entregó una rueca y el hilo especial, y, sola, se quedó hilando en una cabana abandonada.

Durante cuatro años estuvo hilando sin reposo y sin pronunciar una palabra; esto último no le costaba gran trabajo, pues por allí no pasaba un alma, ni por casualidad.

Sin embargo, un día oyó pasos y vio acercarse a un joven, que era precisamente un príncipe de un país vecino, y se llamaba Godofredo.

Al ver a la hermosa hilandera, con sus cabellos de oro y sus manos de azucena, Godofredo se enamoró, como no podía menos de suceder, y, arrojándose ante ella, le hizo una rendida declaración.

Dulcinea se puso más roja que una amapola, bajó los ojos, sonrió graciosamente... y se calló; el príncipe insistió, pero ella permaneció más silenciosa que un pez.

—¿Si será muda?—se preguntó Godofredo con inquietud.

Entonces reflexionó que una mujer muda debe ser precisamente una gran comodidad para un marido, y resolvió casarse con ella, a pesar de todo; Dulcinea le siguió llevándose su rueca y las cuatro camisetas que tenía terminadas, pero claro está que sin abrir la boca; quizá no le fuera menester, pues estaba tan contenta, y su adorador le agradaba

SUCEDIDO

El pequeño patriota...

Durante la invasión que en España realizaron las tropas de Napoleón, se hallaba una pequeña población sitiada por las tropas francesas, y como en ella se carecía de todo medio de defensa, en el momento de un ataque de las fuerzas sitiadoras, toda resistencia era imposible, y, aunque con honra, no quedaba otro recurso que sucumbir.

Solo una esperanza podía tenerse, y era el auxilio que los pudiera prestar la división española del general N., acampada a algunas leguas de distancia; pero para ello fuera preciso dar aviso a dicho general, lo que se estimaba imposible por la dificultad de burlar la vigilancia del enemigo, que de cada momento estrechaba el cerco.

Un niño de diez años, de oficio pastor, que se enteró de tan apuroso trance, presentóse, lleno de amor patrio, al jefe militar de la villa, ofreciéndose a llevar el aviso.

Ninguna de las dificultades que se le hicieron presentes fueron bastantes para hacerle desistir de su determinación, y así, al amanecer salió de la población, llevando escondido en una alpargata un pliego con la demanda de socorro.

Pasó las líneas del ejército sitiador sin ser visto, y por senderos que acortaban la distancia, llegó pronto a las avanzadas españolas e hizo entrega del pliego; mas no habiendo querido esperar a regresar al pueblo con las tropas, emprendió el retorno a la población por el mismo camino.

Ya se creía en salvo, cuando fué visto por una patrulla francesa, y como el niño trataba de huir tomando veloz carrera, le hicieron algunos disparos, siendo alcanzado por una bala, que le causó la muerte casi instantáneamente.

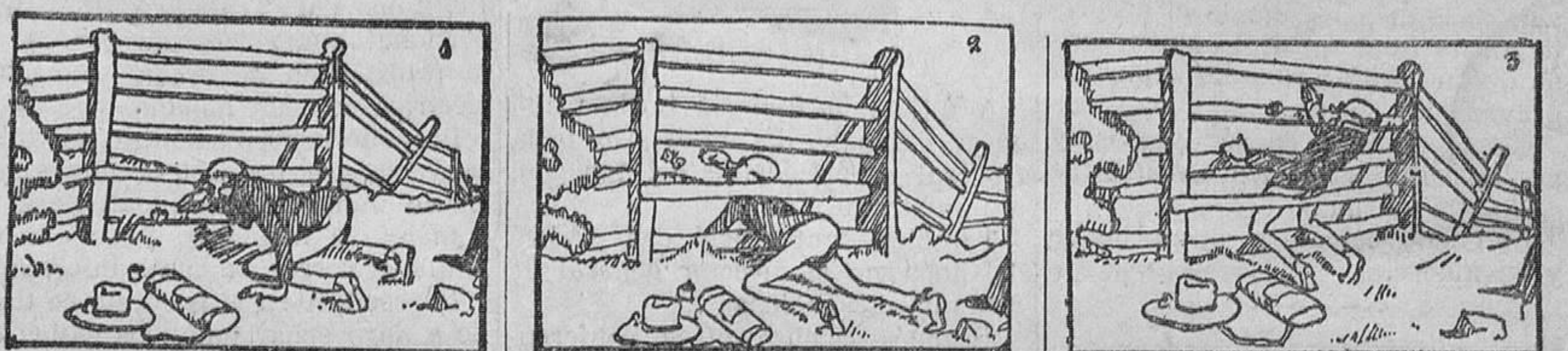
Al acercarse las tropas auxiliares, las francesas se retiraron sin oponer resistencia, y como llegaron los soldados españoles al sitio donde estaba el cadáver del niño, al mismo tiempo que el jefe del destacamento español de la población sitiada, éste reconoció el cadáver del niño heroico, al que se debía la salvación de la villa. Saludaron los presentes, emocionados, el cadáver, y cubriéndolo con una bandera, fué conducido al Campo Santo.

Llegado el general y enterado del acto realizado por el niño, arengó a las tropas, ensalzando tan meritoria acción del que llamó «pequeño patriota» por su edad, y «gran patriota» por sus actos, y mandó se dieran al cadáver honores extraordinarios.

Inmediatamente todas las tropas que componian la división desfilaban ante el cadáver en tierra y envuelto en la bandera española, parecía sonreír ante tanta gloria alcanzada con su acto de abnegación y heroísmo, llevado a cabo a impulsos de su amor a la patria.

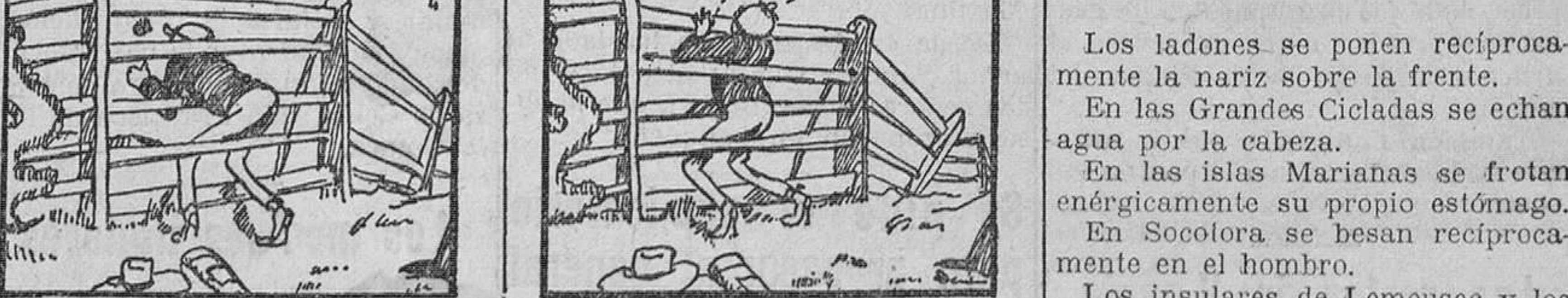
HISTORIETAS CÓMICAS

EL CAZADOR DE MARIPOSAS



1. Don Roderico Villanueces, gran aficionado a coleccionar mariposas, descubrió cierto día una de ellas.

2. primorosa, de originalísimos arabescos en sus alas, con lo que dicho se está que ardió en seguida en violentos deseos de poseerla. Mas la mariposa, trazando gráciles, imprevisitas espirales en su vuelo, fué obligando a don Roderico



3. a las más absurdas e inverosímiles contorsiones, que aquel, enfrascado en su ilusión de cazar al pintado insectillo, no advirtió hasta tanto que,

4. la mariposa, cansada de que-lla tenaz persecución, emprendió un largo vuelo, dejando chasqueado, y como ves, lecorcico, frescamente aprisionado al entusiasta coleccionador.

Fábulas de Samaniego

El asno y las ranas

Muy cargado de leña, un Burro viejo, triste armazón de huesos y pellejo, pensativo, según lo cabezajo, caminaba, llevando con trabajo su débil fuerza la pesada carga. El paso tardó, la carrera larga. Todo al fin contra el misero se empeña: el camino, los años y la leña. Entra en una laguna el desdichado; queda profundamente empantanado. Viéndose de aquel modo cubierto de agua y lodo, trocando lo sufrido en impaciente, contra el destino dijo neclamente expresiones ajenas de sus canas. Mas las vecinas Ranas, al oír sus lamentos y quejidos, las unas se tapaban los oídos, las otras, que prudentes le escuchaban, reprendíanle y así aconsejaban: —¡Aprenda el mal jumento a tener sufrimiento, que entre las que habitamos la laguna ha de encontrar lección muy oportuna! Por Júpiter estamos condenadas. A vivir sin remedio encenagadas en agua detenida, lodo espeso, y a más de todo eso, aquí perpetuamente nos encierra, sin esperanza de correr la tierra, cruzar el anchuroso mar profundo, ni aun saber lo que pasa por el mundo. Mas llevamos a bien nuestro destino, y así nos premia Júpiter divino repartiéndolo entre todas cada día la salud, el sustento y la alegría.—

COLECCIÓN ISABELINA

Seleccionada colección de cuentos para niños, profusamente ilustrados, e impresos y encuadernados con esmero.

Véndese cada tomo al precio de 150 pesetas, en la Administración de LAS PROVINCIAS.



1. A Marijita su mamá le mandó moler café. Pero como la chica es muy ingeniosa, discurrió...



2. atar a «Micifud» al molino, y teniendo presente la inguina que gatos y perros se profesan,



3. ató igualmente a «Leab». Y claro está, el final, como ves, lector, se adivina. El perro quiso co-gel al gato; el gato huyó del perro, y rueda que rueda, el café quedó molido, en tanto que Marijita leta la «Página Infantil» de LAS PROVINCIAS.

FIEL

Variedades

Aseguraba uno que se las echaba de poeta, que se sentía capaz de escribir diariamente un poema, y decía: —No me cuesta nada hacer versos.

—Pues crea usted—le contesta un amigo—que valen lo mismo que cuestas.

En una zapatería de fujo. —La semana pasada compré aquí estas botas, y ya están hechas pedruzcos. No he hecho con ellas más que una visita.

—Ha de tener usted entendido, señora, que las botas que yo fabrico no son para hacer visitas, sino para recibirlas.

Rodríguez profesa el principio de no dar jamás un céntimo a su sastre.

Este, que es un buen hombre, no atreviéndose a despedir a uno de sus dependientes, le dice: —Lleva esta cuenta al señor Rodríguez, y no te presentes aquí sin el dinero.

En un café se presenta una criada y pregunta en el mostrador: —¿Venden ustedes hielo? —Sí.

—Pues deme usted un kilo. Pero, sobre todo, que esté muy fresco.

Un viudo volvió a casarse, y su segunda mujer tenía más de cincuenta años.

El marido, presentándola a sus hijos, les dijo: —Ahí tenéis a vuestra nueva madre.

—¡Nuestra nueva madre!—exclamó el mayorcito.—¡Pero, papá, si lo que nos trates es una madre vieja!

RAZON CONVINCENTE



1. Vicentín tenía la mala costumbre de dejarse escurrir por el pasamanos de la escalera, sin hacer caso de las advertencias ni amenazas de la portera.

2. Y como Vicentín, además de revoltoso, era de natural malo, en lugar de atender a las prudentes recomendaciones que se le hacían, burlábase de la vieja; por lo que

3. ésta decidió a emplear con el rebelde razones de mayor consistencia, y a este efecto, un día, en cuanto que oyó que aquél cerraba la puerta de su casa,

4. colocó en lugar estratégico un gran cubo lleno de agua, en el cual, precisa y fatalmente, vino a caer el revoltoso muchacho, que se ganó con ello un susto mayúsculo.

EL GATO CON BOTAS

